pesadumbre de lo tenebrosamente sombrío, por un aleteo de fe, por un chispazo de esperanza, a veces próximo, a veces más lejano, a veces sólo entrevisto en el horizonte del verso, que suspende la desesperación y remite a una superior instancia, cuya ley ontológica se refleja de algún modo en la ley lógica y estilística que el creador de poesía impone a su creación.

Iglesia Alvariño, maestro de la lengua, revalida y renueva su título en esta obra, en la que habrá pocos gallegos que tengan poco que aprender.

F. C.

«*Miserere en la tumba de R. N.*», de *José Luis Prado*

Un enfrentamiento con las graves interrogaciones de la existencia, suscitadas desde el recuerdo de un muerto entrañable. En cierto modo, este gran libro de Prado Nogueira[1] tiene varios precedentes en la poesía contemporánea, como pueden ser *La madre,* de Garcíasol —donde el tema se amplía hasta confesiones de múltiple trascendencia—, *Débil tronco querido,* de Pinillos, o, aún con mayor semejanza formal, *Elegía en Covaleda,* de García Nieto.

Mas Prado Nogueira es poeta con personalidad propia, y de honda emoción. El que para mí es su mejor libro: *Oratorio del Guadarrama,* lo puso bien de mani-

[1] Colección «Ixbiliah», n.° 1, Sevilla, 1960.

fiesto. Así, este largo *Miserere* conmueve, manteniendo un tono sostenido, propio de gran poeta con aliento para desarrollar un poema sin interrupción a lo largo de casi mil quinientos versos. En los endecasílabos blancos, entrecortados a veces por encabalgamientos, fluidos otras en exactos períodos oracionales, se suceden rachas de contemplación de la naturaleza y del mundo vivo abocados a irremediable fin, de lírica interpretación del orden material en la integración cósmica, de elegíaca adivinación del amado cuerpo, contrastando el despojo con lo que fue, logrando bellísimas imágenes, como esos «curvados países de la frente» o «el cráter maxilar donde los labios / fueron ardiente lava y gaseosa / emanación el beso». Se suceden también rachas de arrebato, de calma, de desconsuelo, de rebeldía contra lo desconocido y, por fin, de piedad para todos y para sí mismo.

En unas visiones de la muerte sobre las montañas, en la selva y en la estepa, la riqueza descriptiva de Prado se escora levemente a lo exuberante, como en alguna otra zona se hace discursiva. Cierto tono romántico que sacude todo el poema, acaso roce un poco lo finisecular en la imaginada exhumación. No deja, sin embargo, de dar fuerza al poema la precisión anatómica: los «flotantes metacarpos», el «tórax radiográfico», la «generosa pelvis», con mayor valor poético cuando junto a sus nombres va la alusión emotiva: «aves tristes de la caricia», «donde mis labios bebieron», «que se abrió para dar curso a mi existencia». Junto a este romanticismo más cercano, tampoco falta otro de estirpe manriqueña, con la idea igualadora de la muerte que allana linajes y hunde títulos.

Prado acierta al reducir a los más sencillos recuerdos sus evocaciones de infancia: pequeños objetos en su maleta, dispuestos por el materno cuido; como también acierta en la enumeración de esos ya eternos compañeros de la madre, a quienes vemos avanzar hacia sus propias muertes con el leve bagaje de su cotidianidad. La voz del poeta es patética al comprender la irremediable contradicción humana de unos cuerpos que el amor incendia y que más tarde el amor repugna. Y dolorosa ante la mudez, o la sordera, de ese Vigía al que clama. Sin respuesta para sus acuciantes interrogaciones, el consuelo que busca el poema es una como solidaridad con los muertos, alimentando así la vida sucesiva y continuada en la especie.

L. de L.

«*Tiempo del hombre*», de *Manuel Mantero*

Dos puntos de interés presente, sobre el de su propia valía, este libro de Mantero.[1] Dos puntos que a él —lo sabemos— le importan y preocupan: la actitud poética de la nueva generación y el sonido recobrado —nunca perdido, realmente— de la poesía andaluza. Cuestiones, como se ve, nada menos que de personalidad. Mantero no se conforma con ser un buen poeta, que lo es, sino que persigue, y va a conseguirlo, un perfil personal.

Comienza dirigiéndose a

[1] Colección «Agora». Madrid, 1960.